

TERCER DÍA: SVOLVÆR

Antes de salir hacia las **Islas Lofoten** (la sílaba tónica es la primera) vamos a la **Ópera**, lloviendo. Pero era preciso hacer unas cuántas fotos y pasear por esas rampas. Cogemos el superrápido hacia el aeropuerto con los billetes anteriores pensando que eran de ida y vuelta. Total, nada, cuando llegamos nos hacen pasar los tickets por el máquina y, evidentemente, los nuestros no pasan. Muy educadamente nos hacen pagar los pasajes, pero sin multa. Segunda suerte del viaje.

Ya dentro del aeropuerto nos dicen que debemos pagar el equipaje puesto que no está incluido en el billete. La verdad, nos quedamos a cuadros, y, tras pedir explicaciones, en inglés, of course, pagamos. Sólo fueron unos 130 Nok pero ya me oirán los de **Supersaver**, la compañía con la que contratamos los vuelos, por no avisar.

Subimos al avión y nos castigan sin comida. La **Norwegian** tiene la costumbre de cobrar por todo lo que da. Tras un viaje penoso e incómodo, llegamos a **Narvik**. Recogemos el coche de alquiler mientras esperamos las maletas. El chico que me atiende es un danés que ha vivido tres años en **Gran Canaria** donde tenía un taller de coches. Muy amable, nos ha explicado todo lo que teníamos que saber. Nos ha advertido de los límites de velocidad. Se ve que son muy estrictos con el tema. Los nativos salen peor parados porque se quedan sin carné durante una temporada, mientras que los turistas sólo pagan instantáneamente una succulenta suma. No hemos podido comprobarlo. El coche es un **Hyundai i30cw** nuevo de cinco puertas. Va fino como la seda. Tras casi tres horas conduciendo llegamos a **Svolvær**, al **rorbuer** que habíamos alquilado. Es una habitación pequeña con una litera, mesa, sillas, sillón, nevera y cocina. Al cabo de unos días lo encontramos acogedor. Tiene vistas al puerto y cada día nos visita una **gaviota** que se pone en la barandilla del pasillo que tenemos delante de la ventana. Medio metro nos separa. Un día le di media manzana que le encantó por la cara de felicidad que ponía. Otro, le iba lanzando trozos de pan que cogía al vuelo.

Hacemos una primera visita al pueblo. Está nublado y no hace demasiado calor. Cenamos en el **Bacalao** que parece ser el centro de los turistas de la zona. Pedimos “*bacalao*”, “*baked potato*” y una *ensalada*. Las raciones son bien grandes. El “*bacalao*” tiene poco bacalao y demasiado tomate. La “*potato*” está más buena, pero sin pasarse, y la ensalada es de aquellas dónde ponen todos los ingredientes separados y tú los mezclas. Una cena normalita. Es curioso que pides las cosas en la barra indicando tu número de mesa. Llevas la bebida a la mesa y un camarero la comida cuando ya está preparada. Todo se paga antes. En otros lugares te dan el número pero el resto es igual. Cenamos en una terraza medio cerrada llena de estufas de barritas, como aquellas que se usaban antes en los cuartos de baño. Si con esto no tienes suficiente dispones de unas mantitas para taparte las piernas. Mientras cenamos observamos una pareja de escaladores que suben al **Pico de la Cabra**. No los vemos pero adivinamos su presencia por los reflejos de los cascos. Apunto con el telezoom y los veo, cada uno en un pico diferente y la cuerda en medio. ¡Espectacular!